



Capítulo 452: Es hora del exterminio masivo

"¿Tienes un plan?" -preguntó Zuri, tratando de seguir el ritmo del salto de árbol en árbol con los ojos muy abiertos.

"Por supuesto que sí."

"Mentiroso. ¡Estás improvisando como siempre!"

"Improvisar es un plan. Simplemente... se adapta en tiempo real."

La araña saltó.

Virgilio apenas tuvo tiempo de arrojar a un lado cuando los colmillos de la criatura cayeron como guillotinas, clavándose en el suelo con un estruendo que abrió profundas grietas. Los huevos en su espalda pulsaban aún más rápido — como si vibraran de rabia... o en señal de nacimiento inminente.

"Si salen más de ella, juro que me desmayaré", dijo Zuri temblando, con los ojos medio cerrados.

"Entonces cierra los ojos, porque esto se va a poner feo."

Vergil hundió su lanza en llamas en el suelo y una línea incandescente serpenteó desde el impacto, formando un círculo de brasas alrededor de la araña. El calor aumentó y los árboles crepitaban como si estuvieran rechinando los dientes. La criatura dudó—se retiró instintivamente. El incendio, aunque no fue letal para él, fue un problema.



"Tenemos una ventana," murmuró Virgilio y se fue.

Corría en zigzag, bailando entre las colosales piernas de la criatura como si hubiera entrenado para luchar dentro de una pesadilla. La lanza atravesó el aire con brutal precisión, golpeando las articulaciones de las patas con grietas húmedas. La sangre que brotaba era espesa, blanquecina, con un brillo lechoso enfermizo.

Un golpe vino desde arriba—una pierna tratando de aplastarlo como un clavo. Vergil se deslizó por debajo, girando en el suelo y clavando la lanza en el abdomen hinchado de la criatura, abriendo una nueva herida que liberó un vapor ácido.

La araña gritó.

No era un sonido—era una vibración. Un grito alienígena agudo que hizo que las hojas circundantes se marchitaran en un instante.

Zuri dejó escapar un gemido. "¿Eso fue un grito?! Mis órganos internos vibraron. ¡Mi hígado acaba de dejar de funcionar!"

"Ella lo está sintiendo ahora," Vergil respondió, con un brillo feroz en sus ojos. "Veamos cuánto puede soportar."

Y luego saltó.

Con un empuje seguro, aterrizó sobre la espalda de la criatura, entre los huevos translúcidos que pulsaban como burbujas vivas. Sin dudarlo, hundió su lanza en el primero.





Los ojos de Zuri se abrieron. "VERGIL, NU—!"

¡POP!

El primer huevo explotó en un chorro de humo negro y limo hirviendo. El segundo siguió. Y el tercero. En cuestión de segundos, una docena estalló, escupiendo larvas en miniatura, gritando en llamas y cayendo en masa como meteoritos vivos.

Zuri dejó escapar un grito. "¿HACES EXPLOTAR A LOS BEBÉS?!"

Vergil cayó al suelo con un giro elegante, sonriendo como un lunático. "Nacieron en el fuego. Y al fuego regresaron."

La araña se tambaleó.

Ahora estaba en llamas. Los huevos ardían como antorchas y el caparazón se agrietaba con el calor. Rugió —o algo parecido— y se levantó por última vez, colosal y completamente fuera de control. Herido. Cegado por el dolor. Fuera de control.

Virgilio hizo girar su lanza y las llamas la envolvieron en espirales danzantes.

"Es hora de apagar las luces, mamá."

En un último salto, se lanzó hacia adelante, concentrando todo el peso y el impulso del golpe en un solo punto. La lanza atravesó la cabeza de la criatura con un ruido sordo. La araña se estremeció, sus patas se contrajeron y luego





colapsó—cayendo con un ruido sordo que sacudió el suelo, levantando una nube de polvo y hollín.

Silencio.

Por un momento todo se detuvo.

Zuri, todavía envuelto alrededor de su cuello, abrió un ojo con cautela. "¿Está ella... muerta?"

Virgilio sacó la lanza del cráneo carbonizado con un chasquido.

"Ella intentó matarme", dijo, limpiando la punta del arma en la piel de su víctima. "Acabo de responder con... diplomacia alternativa."

Zuri dejó escapar un suspiro largo y exhausto. "Lo juro, si aparece otra madre ahora, yo mismo me convertiré en el villano de esta historia."

Virgilio dio una sonrisa torcida. "Necesitas relajarte más."

Ella lo miró con total incredulidad. "Estadísticamente, pasar tiempo contigo es lo que me va a matar."

Se encogió de hombros, como si no viera el problema, y señaló el rastro de destrucción que tenía por delante.

"Entonces veamos qué más tiene para ofrecer este bosque de maravillas."





Virgilio dio un paso adelante con renovada confianza, con la lanza en llamas todavía brillando en su mano y sus ojos brillando con esa curiosidad caótica que sólo él parecía poseer. Zuri, aunque cubierto de hollín y claramente traumatizado, permaneció envuelto alrededor de su cuello como un collar estresado.

Pero entonces... el suelo tembló.

Al principio, parecía simplemente el eco del cuerpo de la araña madre todavía asentándose en el suelo, con sus cálidas entrañas liberando vapor como un cadáver humeante. Virgilio dudó, con un pie suspendido en el aire. Luego vino el sonido. No era un ruido normal—era un crescendo. Un ritmo repetido. Muchos, muchos ritmos. Algo marchando.

O mejor dicho... muchas cosas marchando.

Zuri levantó la cabeza y sus ojos se estrecharon como cuchillas. "Virgilio..."

"Lo sé."

"¿Estás escuchando lo que yo estoy escuchando?"

Virgilio inclinó ligeramente la cabeza, con las orejas alerta. El sonido de múltiples piernas golpeando el suelo seco era como la lluvia sobre un techo de metal. Pero la lluvia se acercaba a un ritmo constante. Organizado. Fierce.

Zuri tragó fuerte. "Algo viene."

"¿Algo?"





Se acurrucó aún más y su voz salió en un susurro forzado. "Virgilio... date la vuelta. Ahora."

Él se dio la vuelta.

Y por un momento, incluso él —el incorregible, imprudente y explosivo Virgilio— guardó silencio.

El bosque que tenía delante parecía respirar. Las sombras pulsaban. Las ramas temblaron —no por el viento, sino por el peso. De la multitud.

Cientos.

Quizás más de mil.

Arañas. Todo del mismo tipo que acababa de matar. Algunos más pequeños, otros mucho más grandes. Todos con cáscaras de obsidiana negra, ojos de un blanco lechoso brillante y espaldas hinchadas por huevos pulsantes. Se movían con un silencio asesino, derribando pequeños árboles, rasgando telarañas y hojas a su paso.

Un verdadero ejército de arácnidos infernales.

"Zuri," murmuró mientras la primera fila de arañas trepaba el tronco de un árbol caído. "No creo haber molestado sólo a uno."

"¿CREES?!"

"Tranquilízate. Quizás simplemente estén... de paso."



Las arañas se detuvieron al mismo tiempo. Cientos de ojos blancos se volvieron hacia él.

Virgilio suspiró. "Está bien. No sólo están de paso."

"Exterminaste a su madre y le hiciste estallar los huevos en el pecho como si fuera una entrada triunfal al infierno", dijo Zuri, luchando. "¡Aquí no hay lugar para 'conversaciones diplomáticas alternativas'! ¡Vamos a MORIR!"

"¿Quizás acepten una disculpa sincera?"

"¡NO SABES CÓMO DISCULPARTE!"

"Puedo intentarlo... imitarlo."

"¡Vergil!"

Avanzaron.

El suelo volvió a temblar, esta vez con más fuerza. Las primeras filas comenzaron a correr con un implacable golpe de patas, como una avalancha viviente. Cayeron árboles más pequeños y las redes volaron por el aire como velos destrozados. Todo el bosque se convirtió en una pesadilla de patas, colmillos y ojos.

Vergil respiró profundamente.

"¿Zuri?"





"¿Ce?!"

"Es hora de improvisar."

"NO LO HACES—"

Pero él ya estaba corriendo.

Vergil le dio la espalda y corrió como nunca antes. Saltó sobre el cadáver de la araña muerta, esquivó ramas carbonizadas y se deslizó por una pendiente cubierta de limo. Las arañas venían tras él —algunas saltando de árbol en árbol, otras avanzando como tanques de guerra. Y lo peor de todo es que algunos de ellos tenían alas rudimentarias.

"¡Las arañas están EVOLUCIONANDO!?" Zuri gritó aterrorizado. "¡Este es el Parque Jurásico de Satanás!"

"¡No mires atrás, Zuri!"

"¡TENGO OJOS A LOS LADOS DE MI CABEZA, SIEMPRE ESTOY MIRANDO HACIA ATRÁS!"

Uno de los monstruos cayó frente a ellos, con los colmillos listos. Vergil giró en el aire y hundió su lanza justo entre los ojos de la criatura, usando el impulso para lanzarse sobre ella antes de que el cuerpo cayera. La criatura ni siquiera gritó —simplemente estalló como un globo demoníaco.

"¡Mataste a otro!" Zuri chilló.





"¡Estaba en el camino!"

"¡TE ESTÁS CONVIRTIENDO EN UN MANÍACO GENOCIDA DE ARAÑAS!"

"Hay títulos peores por ahí."

El sendero se estrechó y los árboles se acercaron. Virgilio corrió entre ellos, pero las redes lo hicieron todo difícil. Algunos se pegaron a sus brazos, otros a sus piernas y uno enorme se aferró a su cara como si intentara cubrirse los ojos.

"¡Vergil, deja de decir tonterías!"

Sacó una daga de fuego de su cintura y giró, despejando el camino con una grieta incandescente.



Más adelante vio una abertura — un claro. Una oportunidad.

"¡Ahí!" él gritó.

"¿Y después de la limpieza?!" -preguntó Zuri, desesperado.

"¡Aún no lo he planeado tan lejos!"

"¡ESTÁS IMPROVISANDO!"

"¡Es un plan DINÁMICO!"



Llegaron al claro de un salto, con los pies deslizándose sobre el suelo polvoriento y cubierto de polen.

Pero las arañas no se detuvieron.

Los árboles circundantes explotaron en astillas cuando las criaturas emergieron por todos lados.

Vergil estrelló su lanza contra el suelo —una explosión de fuego se extendió en un círculo defensivo, empujando a las criaturas hacia atrás durante solo unos segundos. Suficiente para respirar. Pero no lo suficiente como para escapar.

Lo rodearon. Cientos de ellos. Un océano de ojos y colmillos que se cierran a su alrededor.

Zuri, por primera vez en mucho tiempo, guardó silencio. Sus ojos se cerraron con los de él, abiertos, sin una broma preparada, sin sarcasmo.



"Virgilio... no vamos a salir de esto."

Giró la lanza en su mano, como si todavía estuviera calculando posibilidades. Miró a su alrededor. No hay salida. Sin plan. No hay esperanza real.

Y luego... se detuvo.

Él frunció el ceño. "Espera un minuto..."

Los ojos de Zuri se abrieron. "Ce acum?!"



"¿Por qué estoy corriendo de todos modos?"

Ella parpadeó, sin entender. "¿QUÉ QUIERES DECIR?!"

"En serio", dijo, golpeándose ligeramente la frente con la mano, pensativamente. "Soy fuerte, el rey demonio, hijo del primordial más fuerte... y sin embargo aquí estoy, corriendo con la cola entre las piernas."

Zuri se quedó sin palabras. La expresión de su rostro de serpiente lo decía claramente: Él no lo hizo.

Pero Vergil ya estaba sonriendo, esa sonrisa de alguien que acababa de tener una idea terrible —y brillante—.

"Hmm... ¿Me pregunto si puedo extraer sombras de las arañas?" murmuró para sí mismo, mirando a su alrededor. "Son repugnantes, violentos y llenos de traumas ancestrales... deberían ser un gran caldo."



Se volvió para enfrentarse nuevamente a la horda, con los ojos brillando con nueva energía.

"Más sombras... más poder..." Se rió. "Es una idea terrible. Pero definitivamente... es una buena idea."

Zuri gritó. "¡Estás loco! ¡Este es un culto arácnido caníbal, no un buffet de energía demoníaca!"



"Ah, pero piensa en el sabor oscuro", respondió chasqueando los dedos con satisfacción. "Arañas demoníacas fumaban con la esencia de la furia materna. Vintage."

"¡VOY A MORIR CONTIGO HACIENDO BROMAS!"

Virgilio levantó su lanza, girándola lentamente, y el fuego en sus puntas se mezcló con un aura oscura, espesa como humo vivo.

Sonrió a la multitud. "Veamos de qué estás hecho. Literalmente."

El aura demoníaca suprema de Virgilio se derramó como un mar rojo, "es hora del exterminio masivo de toda una raza, poético"

